



Semana Nacional de las Vocaciones
11 al 17 de enero de 2009

Notas para la homilía

Fiesta del Bautismo del Señor
Ciclo B

LECTURAS

Isaías 42:1-4, 6-7

El Señor nos presenta a su siervo en quien tiene sus complacencias. El Salvador estará lleno del Espíritu de Dios, promoverá la justicia y será luz de las naciones.

Salmo 29:1-2, 3-4, 3, 9-10

El Señor bendecirá a su pueblo con paz.

Hechos 10:34-38

Peter tells the house of Cornelius of Christ; that Christ is God's anointed.

Marcos 1:7-11

Jesús es bautizado por Juan en el Jordán, y el Espíritu desciende sobre él, como una paloma. Una voz del cielo proclama: "Tú eres mi Hijo amado, yo tengo en ti mis complacencias".

Vínculos con la *Semana Nacional de Oración por las Vocaciones*

La fiesta del Bautismo de Señor da cierre a nuestra celebración de la Navidad y se enfoca en el papel mesiánico de Jesús. En las aguas del Jordán, Jesús es bautizado y nombrado Hijo amado de Dios en quien tiene sus complacencias. Isaías habla del Mesías en estos términos: traerá la justicia, y será tan compasivo que ni romperá la caña resquebrajada. El Salvador será una alianza para el pueblo y una luz para las naciones. En suma, la vida y el ministerio de Jesús traerán el Reino de Dios.

Por así decirlo, la fiesta del Bautismo del Señor es más que un acto con el que la Iglesia cierra la celebración de la Encarnación. También sirve como punto de partida para la identidad de Jesús y, por último, el cumplimiento de su vocación. Más aún, la celebración del Bautismo del Señor también invita a todos los discípulos a recordar su Bautismo y su vocación de ser seguidores de Jesús, luz para las naciones. Como anota Dianne Bergant:

"Por su Bautismo los cristianos comparten el ministerio profético y divino de Cristo. Ellos también reciben un imperativo con el Bautismo, un imperativo de servicio comprometido a los pobres y a la causa de la compasión. La fiesta del Bautismo del Señor para el cristiano es un recordatorio del llamado al servicio".¹

¹Dianne Bergant. *Preaching the New Lectionary Year B.* (Collegeville: The Liturgical Press), 1999, 83.
Homily Notes provided through the kindness of Rev. Brendan Moss, OSB DMin, Saint Meinrad Archabbey, Indiana.

¿Cómo entender el Bautismo del Señor? Es una celebración tan extraña. Por un lado, la Iglesia continúa y concluye su celebración del tiempo de Navidad. En algunas iglesias todavía se ven las decoraciones navideñas y toda nuestra música refleja los temas del nacimiento y del Bautismo de Cristo. Por el otro lado, en muchas iglesias ya han guardado las decoraciones y la música del día ya no se relaciona con el misterio de la Encarnación. Entonces ¿qué pensar del Bautismo del Señor?

El Bautismo del Señor es un día algo confuso y con múltiples significados. Confuso porque es tiempo de Navidad en la Iglesia pero no en el mundo; de múltiples significados porque es un día sobre Jesús y sobre nosotros. El Bautismo del Señor conmemora un momento importante en la vida de Jesús y es un día que nos recuerda quiénes somos en relación con Dios. Empezamos con Jesús.

La celebración del Bautismo de Jesús es, al final, el cumplimiento de su vocación. Cuando Jesús entra en las aguas del Jordán, él es para los lectores del Evangelio y para la comunidad de sus tiempos, el hijo de un carpintero. Tenía treinta años y todavía vivía en casa de sus padres. Al salir de las aguas del Jordán, Jesús –ante sus ojos y ante los nuestros– es diferente. En el Bautismo, la relación con Dios se expresa y acepta claramente. La voz de Dios proclama que Jesús es el Hijo de Dios en quien Dios tiene sus complacencias.

¿Acaso no ansiamos todos oír a Dios decir: “Tú eres mi hijo amado o hija amada, yo tengo en ti mis complacencias”? Yo sé que lo ansío. De hecho, el sueño de saber que complacemos a Dios es uno de los más hondos deseos humanos. Pero ¿cómo lo hacemos? ¿Cómo complacemos a Dios? El pasaje del Evangelio de hoy nos da un punto de partida. Complacer a Dios requiere aceptar su amor y nuestro llamado bautismal. En las aguas del Bautismo Jesús abraza su relación con Dios; escucha de un modo nuevo que es el Hijo de Dios. Jesús acepta también su llamado. Si bien el texto no lo detalla, Jesús sabe que, como Hijo de Dios, él traerá al mundo la buena noticia de la salvación. Acepta su papel de atraer a otros al Padre y comienza a vivir su llamado tras dejar el Jordán.

Ciertamente, el Bautismo de Jesús es un modelo para nosotros. En su Bautismo somos testigos de un ejemplo de la manera en que cada cristiano debe vivir su vocación. Jesús acepta el amor de Dios y busca vivir ese amor cada día. Jesús lo hace al enseñar, predicar, sanar y, finalmente, en su Pasión, Muerte y Resurrección. Día tras día Jesús buscó complacer a Dios viviendo su llamado.

¿Y qué de nosotros? Fuimos reclamados por Dios en las aguas del Bautismo, y nos convertimos en sus hijos amados. Cada uno de nosotros ha sido llamado a vivir una vida que complazca a Dios y que nos llene de profunda y duradera alegría. Cada persona tiene un llamado diferente. Unos son llamados a la vida matrimonial: a comprometerse con Dios y con otra persona. Las personas casadas prometen ser ejemplos vivos de amor al mundo, especialmente por medio de la bendición de los hijos y la familia. Algunas personas son llamadas a la vida célibe y a dar testimonio del amor de Dios presente en todo tipo de vida. Otras son llamadas a la vida consagrada como hermanas, hermanos, monjes y monjas. Y otros son llamados a servir como diáconos y sacerdotes.

Hermanos y hermanas, hoy comenzamos nuestra celebración de la *Semana Nacional de Oración por las Vocaciones*. Se nos pide que recemos por las vocaciones durante toda la semana para que se abran los corazones al llamado de Dios y respondan con plena libertad. Hagámoslo. Que esta comunidad de fe se comprometa a rezar durante la semana para que los cristianos en todas partes renueven su compromiso bautismal de seguir a Jesús, ya sea en el matrimonio la vida célibe o consagrada, o el diaconado y el sacerdocio. Recemos para que todos vivan su vida según el llamado de Dios. En particular, pidamos a Dios que abra el corazón de muchos hombres y mujeres para que puedan escuchar la dicha a la que son llamados en el servicio de la Iglesia como religiosos, diáconos y sacerdotes. Recemos para que cada uno de nosotros, en nuestra plena respuesta al llamado de Dios, podamos, como Jesús, oír a Dios decir: “Tú eres mi hijo amado o mi hija amada, ¡en ti tengo mis complacencias!”.